

EL PERRITO FRANCES

La señora M^a Ángeles cada día paseaba por delante de la tienda de animales. Tuvo el antojo de una mascota, y le suplicó a su intransigente esposo que no demorara más sus deseos de adquirir una perrita “Marilín”. Las Marilín son esos pequeños perros Yorkside cuyas amas y amos adornan con un repipi lacito en la cabeza. Se dice de ellos que les gusta lamer y relamer cualquier cosa pringada de mermelada; partiendo de esta premisa el derroche de fantasía se sobreentendería, y el esposo se negó rotundamente a satisfacer el capricho de su señora. Dar rienda suelta a la imaginación libidinosa sería conceder poder, lo cual frustraría la posición varonil del enfermizo marido.

Un día de paseo a finales del verano, el matrimonio por tendencia prodigiosa se dirigió a la tienda de animales. Eran cerca de las diez y el chico encargado acababa de abrir. Antes de que este pusiera orden y limpieza, la sra. M^a Ángeles se adentró hacia el mostrador donde previamente en uno de sus extremos se encontraban recipientes de animales exóticos, y, en el otro unas jaulas de ratones, cobayas, perros y gatos. La peste de las heces y orinas frenaron el acceso al marido, quien se quedó fuera observando las peceras del escaparate porque aquellos hilos colgantes de los diminutos vertebrados no apestaban.

Parecía ser que la idea preconcebida de obtener un perrito era firme, mas no tanto que debiera tratarse del dichoso Yorkside, por cuanto que la sra. M^a Ángeles al contemplar un ejemplar atigrado de Bulldog Francés, pareció plasmar todos sus sentidos sobre aquel inocente animalito. Un cachorro menor de tres meses que soportaba los saltos sobre sí, y, los mordisquitos de su compañero de jaula, un ejemplar de otra raza y mayor que él. Esta secuencia quedó grabada en la retina del marido y sirvió como pantalla cinematográfica que se reproducía una y otra vez en su cerebro y alguna descarriada neurona interactuaría para transmitirle la flamante idea; aceptaría la adquisición de ese paciente y sufrido ejemplar. No ladraba, no mordía, y eso parecía ajustarse a los requisitos de animal de compañía, máxime cuando debiera convivir bajo el mismo techo que su idolatrada hija Angelita.

Resultaba de movimientos torpes, pero simpático, y con el paso del tiempo se convertiría en un machote Bulldog Francés el cual sería ridículo adornar, e incluso él no tendría ningún inconveniente en sacar a pasear. A pesar de la reticencia del marido, todo pareció encajar; la sra. M^a Ángeles tendría su mascota desmermelada. Angelita tendría un dócil perrito. Y, el burdo marido tendría un buen compañero que le aportaría definitivamente el liderazgo de la manada.

El mozo de la tienda, además era criador y adiestrador de perros. Al saber que el matrimonio estaba interesado por el cachorro “Frenchi”, no tardó en alardear sobre los progenitores del animal:

-El año pasado su padre fue campeón de España. Se llama *Moustique de Temarán*, podeis encontrar toda la información en internet. -Dijo entusiasmado el joven.

Este detalle, junto a la targeta de pedegrí, aún enardeció más al ensimismado y ya convencido marido, quien empezó a elucubrar que su cachorro bien podría llegar a ser todo un campeón.

Antes de salir de la tienda el chico dio algunos importantes consejos a los nuevos amos del animal:

-Los animales son como los niños, hay que vacunarlos de todo. Pasar por el veterinario y os dará las fechas. Como que aún hace calor os recomiendo que le pongáis un collarín contra los parásitos, ya qu cualquier picotazo en el hocico de un mosquito tigre resultaría letal. Necesitareis un buen champú para cuando lo tengáis que bañar. Y lo más importante de todo, darle siempre el mismo tipo de pienso (de gama alta), así evitareis vómitos, diarreas y enfermedades por falta de defensas.

La pareja no contaba con este repertorio de cuidados y atenciones. Tampoco había previsto los numerosos gastos adicionales de cada semana, pero la ilusión del momento venció a cualquier otra razón. De vuelta a casa además de coger al cachorro en brazos, tuvieron que llevar el saco de pienso, la cazuelita de aluminio para comer, y una colchoneta de esponja forrada para dormir.

Siendo el perrito un cachorro, erróneamente, no se le sacó todas las veces necesarias a la calle para defecar y en consecuencia el animal no tuvo más remedio que aliviarse en el hogar. Entendiendo que le debían enseñar, el matrimonio, indistintamente se iría turnando para sacar a la bestia como mínimo un par de veces al día cada uno, dado que la cantidad de excrementos

expandidos por la casa cada vez era mayor. Pero ocurrió que la mascota ya había adquirido el mal hábito de despacharse en la vivienda, y, fueran las veces que fueran al pipican el canino seguía haciendo de las suyas donde no debía.

Pasaron algunas semanas y aún seguía igual. La pareja empezó a desesperar, hasta que, aconsejados por un vecino que también tenía perrito, pareció recomendarles un método infalible para solucionar el problema. Consistía en colocar hojas de periódico en el suelo, y en lugar donde normalmente lo hacía. Si los excrementos u orinas quedaban fuera del papel se debía regañar y castigar al perro; dándole unos inofensivos azotes con las hojas de papel enrolladas, no se le causaría dolor pero se asustaría y recordaría ese momento. Acto seguido se le dejaría encerrado en una jaula de viaje (transporter), durante unos cinco minutos. En ese tiempo de privación de libertad, sus amos jugarían con sus huesos y muñecos, para que el animal ansiara salir de allí y no tuviese el gusto de volver más a sus trastadas... Pero lo más importante de todo era que este proceder solo sería efectivo cuando se realizara de manera “in fraganti”. De esta forma había que estar siempre pendiente de los movimientos del perro. El siguiente paso era, que, cuando las orinas y heces estuviesen dentro del papel, inmediatamente deberían recogerse y llevarlas rápidamente junto con el animal al pipican. Una vez allí había que dejar los papeles con todo o demás en el suelo y obligar al perro a olfatearlo repetidamente. Este método aparte de engorroso, también resultaba ser dependiente constante del animal. Si una sola vez se bajaba la guardia, nada de lo conseguido con anterioridad habría servido. El matrimonio debería repartirse y turnarse las veinticuatro horas del día, independientemente de cuales fueran sus actividades, para cubrir por completo la vigilancia. Una etapa muy dura por la que se debería atravesar si se quería adiestrar a la mascota recién llegada.

Inopinadamente este método se prolongó más de lo previsto. Las causas cabría encontrarlas por distintos motivos, pero la transcendencia del fracaso no fue otra que esa falta de continuidad en las directrices marcadas. Se perdió el hábito y con ello la disciplina que se requería para adiestrar al animal. Por pereza, cansancio, o inclemencias meteorológicas, la sra M^a Ángeles no siempre

cumplía con su turno correspondiente, y el perro, irremediablemente volvía a defecar en el pisito sin balcón. El número de heces diarias iba en aumento, los progresos en el proceso de adiestramiento eran proporcionalmente inversos a lo deseado. Se llegaron a perder los estribos, las tensiones fuera y dentro del hogar se acentuaban cada vez más. El perito empezó a recibir algún chillido y alguna patadita, sin saber porqué. Esta situación se intensificó y el animalito sufrió estrés.

Una mañana, al despertar la niña Angelita para ir a la escuela, ni siquiera pudo salir de su habitación, al estar encharcado de orinas todo el pasillo. Los muebles estaban carcomidos, los vómitos y excrementos se expandían por todo el piso. Algo realmente espantoso. Pero lo más asqueroso era ver como el animal comía y relamía aquello. El marido estalló en cólera y quiso deshacerse sin más apelativos de la repugnante bestia. Pero fue entonces cuando surgió el conflicto de verdad. Ella se negó, argumentando que supondría un trauma para la encariñada niña con su mascota.

Casi un año después nada había cambiado. El marido se pasaba más horas sacando al perro a la calle que en su casa. Ni siquiera pudieron ir de vacaciones. Luego, con las tormentas de otoño, el fango rebozaba al perro cada vez que acudía al pipican. Se revolcaba como si fuera un cerdo.

La aparente incomprensión de la mujer hacia el terrible sacrificio que sufría su marido no daba tregua a solución alguna. Ella obró con alevosía, chantajeando emocionalmente al presunto líder de la manada. A los pocos días anunció sentirse sola, su marido siempre estaba fuera de casa...-quizás sintiera más que nunca la necesidad de una “Marilín”-, y le pidió el divorcio. Él, aceptó gustosamente. No recogería nunca más una mierda de perro, a pesar de perderse el día a día de su idolatrada hija Angelita.

El mismo día en que él abandonó la casa, el perrito francés también lo hizo, pues al amante de ella no le gustaban los animales.

* * *

